



AÑO II

← BARCELONA 29 DE OCTUBRE DE 1883 →

NÚM. 96



LA MATERNIDAD, cuadro por Roberto Begschlag

## SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL FÉMUR DE JUAN CRUZ, por don Julio Parra de Murviedro.—JUSTICIA DE DIOS, por don Pedro de Madrazo.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *La navegación aérea* (II y último), por don José Echegaray.  
GRABADOS.—LA MATERNIDAD, cuadro por Roberto Begsclag.—RETRATO DE PETRUS VAN TOL, grabado por Rembrandt.—LA TUMBA DEL SÉR QUERIDO, cuadro por Julio Berger.—YA TIENES CARTA... dibujo por Ricardo Balaca.—TIPO GRANADINO, dibujo por J. Marqués.—LA SILUETA, cuadro por J. Herterich.—Lámina suelta: JÓVEN FLORENTINO, cuadro por Gustavo Courtois.

## REVISTA DE MADRID

Las cenizas de la gloria.—Restos de Saavedra Fajardo.—El señor Fuentes y monseñor Isbert.—Último viaje.—Una misa de campaña.—La Sociedad Económica y los premios de virtud del trabajo.—Los objetos de la exposición de minería.—El crimen de la calle de San Vicente.—Madrid horrorizado.—¡A los cementerios!

¡Singular privilegio de los grandes hombres!  
Puede suceder que en vida sean despreciados, desatendidos.

Pero después que han muerto, la humanidad empieza a echarles de menos. Se reconocen sus virtudes, ó su talento, ó su valentía, se celebran sus obras como cosa extraordinaria, se les reviste en la memoria de cierta majestad, se les envuelve en radiante aureola, y se dice:

—¡Es una gloria de la patria!

Entonces suele suceder que se buscan y se pagan á exorbitante precio todos los objetos relacionados con el grande hombre.—Los museos de antigüedades no se forman de otra cosa que de cachivaches pertenecientes á personalidades ilustres fallecidas las más de las veces en medio de la mayor indiferencia.

En tales casos el pensamiento más culminante es buscar los restos del personaje ilustre.

Pero... ¿dónde están esos restos? ¿Quién sabe de ellos? Murió, y se le enterró. No se recuerda más, ni se conserva dato alguno que testifique el cuidado de quien desea perpetuar con unas miserables cenizas los restos de un varón eminente que da lustre á la patria.

Revuélvense en todas partes una porción de huesos: tibias, fémures, cráneos, omoplatos...

Pero el grande hombre no parece.

Un día,....—día providencial, que para que estuviera exornado con todo el aparato que su argumento requiere, debiera ser un día con mucho sol, con purísimo cielo azul, con brisas perfumadas y ambiente saludable,—se oye una voz que dice:

—¡Aquí están! No cabe duda; son restos auténticos: hay inscripciones que lo patentizan.

La gente ilustrada de la población se dedica entonces á rendir su culto á un muerto.

El fervor literario, científico ó artístico se enardece; los corazones sienten dentro de sí la viva llama del recuerdo: las academias se agitan; los sabios se contentan pensando que si sus contemporáneos les olvidan, las generaciones venideras se extasiarán ante su pulverizado esqueleto; y alguno que otro que pretende todavía pasar plaza de simpático y buen mozo se pregunta mirándose al espejo:

—¿Qué figura haré yo metido en una caja dentro de dos ó tres siglos?

\* \*

No quiero decir con mis anteriores párrafos que D. Diego Saavedra Fajardo, el gran diplomático del siglo XVII, fuera menospreciado de la sociedad en medio de la cual vivía. No; antes al contrario, es de suponer, viendo que asistió en representación del rey Felipe IV á tantos Congresos, y que visitó en el espacio de más de treinta y cinco años numerosos Estados donde brillaba aún á la sazón la influencia española—es de suponer, repito, que fué hombre agasajado y tenido en gran valía por sus contemporáneos,—salvo la malignidad corrosiva de los envidiosos,... que nunca han faltado ni faltarán mientras existan méritos que roer en el mundo.

Pues bien, á pesar de esto, se habían perdido los restos del gran Saavedra Fajardo. (Yo tengo pasión por el profundo y correctísimo autor de las *Empresas políticas* y la *República literaria*.)

Vino de Murcia, patria del insigne hombre de Estado, el cronista de la provincia Sr. Fuentes, con ánimo decidido á investigar hasta salir airoso óndnde estaban guardados los restos de Saavedra Fajardo.

El Sr. Fuentes quería dar con las fuentes, digámoslo así, de la sepultura.

Y se dió tales mañas, asociado á un sacerdote de mucha ilustración, monseñor Isbert, presidente de la colegiata de San Isidro, que al cabo de algún tiempo de pesquisas fueron descubiertas en una de las bóvedas de aquel templo las venerandas cenizas del esclarecido murciano.

Tal lo aseguran por lo menos las personas inteligentes en estos asuntos.

La Academia de la Historia propondrá el destino que haya de darse á los restos de Saavedra Fajardo.

Es fácil que recorran las calles de Madrid para ir á su depósito definitivo.

Este viaje será indudablemente el último.

Transitó mucho en vida el escritor ilustre.

Lo dice él mismo en los prefacios de sus obras. Todas ellas están pensadas é ideadas durante los viajes. Componía mentalmente, y llevando sus obras grabadas en el pensamiento, las trasladaba al papel en las horas dedicadas al descanso en las posadas donde pernoctaba, y las

cuales en aquel tiempo no serian ciertamente muy confortables.

El inmortal espíritu de Saavedra dirá desde el empuje donde debe gozar igual reputación que en la tierra:

—Está visto que yo he de realizar todas mis cosas viajando.

\* \*

La *Sociedad Económica Matritense* había preparado una gran fiesta en la Exposición de minería.

Se había acordado que se celebrara el domingo. Debía haber misa militar en la gran escalinata del pabellón central, asistida por representaciones de todos los cuerpos de la guarnición de Madrid.

El programa era seductor. La ceremonia religiosa había de estar servida con objetos sacados de la misma exposición. Los candelabros serian los de la renombrada fábrica de San Juan de Alcaraz; se iban á colocar trofeos del Museo Naval detrás del altar... todo se surtía de allí mismo, ménos el sacerdote; pues aunque los propietarios de las aguas minerales aseguraban que sus productos servían para *cura* de enfermedades no alcanzaban las órdenes para decir misa.

Bandas de música, el brillo de las armas, el color de los uniformes, las cimbras de los cascos al viento, el agudo són de los clarines... ¡Hubiera estado magnífico!

Además los productos de la función se destinaban á premiar en algunos obreros meritorios la virtud del trabajo.

El precio de la entrada podía servir para todo el día: los locales de la exposición estarían adornados gallardamente. Y por la noche debía haber gran iluminación de Bengala y fuegos artificiales.

¿Quién duda que medio Madrid se habría dirigido desde hora muy temprana al ameno sitio del Parque?

Pero... la Sociedad Económica propone y las nubes disponen. Se agió la fiesta. Estuvo lloviendo todo el día.

A pesar de esto la misa se celebró. ¡Mas de qué manera!

La tropa estuvo asateada constantemente por los hilillos de agua que el cielo les dirigía.

Y acudió poquísima gente.

¡Es natural! La beneficencia mojada no da nunca buenos resultados.

La virtud del trabajo se quedó sin premio.

La atmósfera tiene su lógica especial que nosotros, los mortales, no comprendemos.

\* \*

Era un día de desgracia, á pesar de no ser mártir, sino domingo.

No solamente llovió agua sino que llovieron desdichas.

Por la noche á las once y media ocurrió la tragedia terrible de la calle de *San Vicente alta* que todo Madrid comentaba con estupor al día siguiente.

Ese individuo disparando los tiros de un revolver á boca de jarro contra los padres de la mujer á quien había amado es un monstruo de iniquidad acerca del cual no han dicho todavía los periódicos todo lo que de él se murmura en voz baja.

Hay en el fondo de la cuestión una perversidad refinada, que sin duda esclarecerán los tribunales.

Hace tiempo que no había preocupado á los corazones crimen alguno de tan honda manera como el de la calle de San Vicente.

Excusado es recordar aquí los pormenores del suceso.

¿Quién no los conoce ya?

Los periódicos de grabados sangrientos publicarán la vista del crimen, con exceso de horror y con ausencia de arte. El público vulgar contemplará la estampa con avidez curiosa.

Pero el público caritativo, sentimental, humanitario, correrá á socorrer la orfandad (si es que el padre no salva la vida) de los nueve hijos que desde el domingo por la noche están sin amparo, gracias á la criminal procacidad de un brazo asesino.

\* \*

Las tiendas de objetos fúnebres lucen con todo su trágico esplendor.

Coronas de azabache y de siemprevivas, plañideros angelitos, figuras lacrimatorias, urnas, lápidas... todo el arsenal de la vida recordando la muerte se halla dispuesto para el próximo día de Difuntos.

Ha llegado el momento de que la humanidad entera diga:

—¡A los cementerios!

Como dice en día de Carnaval:

— ¡Al Prado!

Y en día de San Isidro:

—¡A la pradera!

Este es el mundo: una novia con arcaduces fijos para la risa, para el jolgorio y para el llanto.

PEDRO BOFILL

Madrid 27 de octubre de 1883

## NUESTROS GRABADOS

LA MATERNIDAD, cuadro por Roberto Begsclag

El cuadro que copiamos es un portento de lo que pudiéramos llamar manifestación de un sentimiento íntimo: el semblante de esa joven madre respira felicidad, alegría; no esa alegría tan efímera como la causa que la produce, sino la dicha inefable que resulta de la satisfacción de un deseo tan noble como legítimo, el deseo de amar lo que es *carne de su carne y hueso de sus huesos*.

Toda mujer honrada, toda madre digna de serlo, que son la casi totalidad de las madres, ha de encontrarse re- producida moralmente, ó sea por su fisonomía moral, en el semblante de esa dama que lleva en brazos á su pequeño tesoro, con la fruición y el justificado orgullo con que una emperatriz lleva el globo del mundo.

¡Bien hayan los pintores que se inspiran en tan delicados asuntos!...

RETRATO DE PETRUS VAN TOL, grabado al agua fuerte por Rembrandt

En diferentes épocas se han pagado crecidísimas sumas por cuadros y dibujos de artistas célebres; pero en nuestros días es cuando mayores cantidades se han dado por estampas de las cuales existen ejemplares impresos de mérito enteramente igual.

Cuando se vendió en 1873 el *Hundred guilder* de Rembrandt, reproducción del *Jesus curando á los enfermos*, por 1180 libras esterlinas (29,500 pesetas), se dijo que aquella obra que reúne al mérito la escasez se vende siempre á un precio elevado; pero que en cambio parece casi una locura pretender tan gran suma por una obra simplemente *curiosa*.

Cuando esto se dijo ingenuamente y respecto del precio pagado por una de las más artísticas obras de aquel gran grabador al agua fuerte, no podía suponerse que en mayo último se diera mayor cantidad por un ejemplar de un grabado representando á un sujeto poco conocido, y que artísticamente considerado no es mejor que muchos otros del célebre holandés.

El grabado que representa el retrato del abogado doctor Pedro van Tol y del cual damos hoy un verdadero facsímil en la página tercera, fué ejecutado por el famoso Rembrandt en Amsterdam. De la primera tirada parcial sólo existen hoy, según se sabe, cuatro ejemplares; uno en el museo Británico, otro en el del Louvre y otro en la colección nacional de Amsterdam. El cuarto se vendió el 10 de mayo último en Londres y lo adquirió M. Clement por cuenta del baron Edmundo de Rothschild, de París, cuya colección solamente contaba con un ejemplar de la *segunda tirada* de la plancha. El ejemplar últimamente adquirido es el único que no se había puesto en venta y esto explica la gran competencia surgida entre los licitadores, y la increíble suma de 37,750 pesetas por la cual ha sido adjudicado.

Era la estampa en cuestión la joya principal de la colección del Doctor Juan Griffiths, y esto hizo que concurrieran á la subasta los aficionados más conocidos de nuestro tiempo, habiéndose hecho otras pujas tan elevadas relativamente como la precedente.

Baste decir que entre otros grabados de Rembrandt obtuvieron 12,625 pesetas un ejemplar de la segunda tirada del *Burgomaestre Six*; 7,700 pesetas un paisaje y un ejemplar del *Hundred-guilder* 7,925.

Estos precios excitaron vivamente la curiosidad de los presentes que anhelaban ver qué sucedería cuando tocara el turno al ejemplar del *doctor Van Tol*. Los señores Nosedá y Clement de París sostuvieron principalmente la lucha, y ya creía el segundo haber ganado, cuando el Sr. Addington, uno de los primeros coleccionistas de Londres, pujó hasta 1,500 libras esterlinas, pero finalmente, por 10 libras más, quedó la ansiada rareza por el agente de Rothschild.

LA TUMBA DEL SÉR QUERIDO, por Julio Berger

¡Cuán solos quedan los muertos!... decía uno de nuestros más notables poetas contemporáneos.

Es cierto: los muertos quedan solos, muy solos, á ciertas horas del día, ó mejor de la noche. Pero cuando el difunto ha amado en vida y ha sido amado, cuando deja una viuda que vive solamente del recuerdo de mejores tiempos, cuando existen huérfanos que se reúnen á una hora dada para hablar espiritualmente con el muerto por medio de la oración; el que yace debajo de tierra no queda solo, porque la tierra aprisiona y pudre la materia, pero el alma flota incorruptible por la atmósfera purísima donde se cruzan las saluciones castas y los suspiros de los corazones sangrados por la desgracia.

Y viene un día, día triste para los indiferentes, plácido empero para las almas sensibles, y la viuda y los huérfanos rezan sobre una sepultura y deponen en ella la simbólica corona de siemprevivas. Aquel día la tierra de la fosa parece trepidar bajo las plantas de los seres queridos, como si otro Lázaro tratara de surgir de la tumba que ablandan las lágrimas de aquellos desgraciados. ¡Ay!... El más allá de la muerte tiene también su mundo y sus expansiones... Bien dice la Iglesia cristiana: «Los que mueren en el Señor no mueren eternamente.»

YA TIENES CARTA... dibujo por Ricardo Balaca

¡Cuántas cosas quiere decir esta sencilla frase:—Ya tienes carta!...

Por de pronto deja suponer que la muchacha á quien se dirige no puede tener sino una carta, ó que cuando ménos una sola carta es la que la interesa entre tantos millones como se escriben todos los días.

Y es así, con efecto. ¿Qué le importa á la enamorada doncella cuanta correspondencia es conducida por todos los ferro carriles, buques y vehículos del mundo, inclusa la correspondencia diplomática y la *de España*, exceptuando la carta de aquel ausente que partió para el ejército, después de haberla jurado amor eterno?

¡Ay!... El que espera, desespera, y la joven se ha desesperado muchas veces pensando en que una bala enemiga puede dar cuenta de su amado, ó que tal vez ¡horri-

ble idea! una muchacha, más hermosa que ella, la ha suplantado en el amor de un ingrato....

A tantas angustias pone término una carta, un pedazo de papel con unos cuantos renglones escritos y un corazón atravesado por una flecha con honores de lanza.

¡Bendito el que inventó la escritura y más bendito aún el que ideó el correo!...

TIPO GRANADINO,  
dibujo por J. M. Marqués

Si el mérito del artista ha de juzgarse por la franqueza de su ejecución, por el desembarazo con que realiza su propósito, por la feliz aplicación de aquello que un profano llamaría una mancha y no es sino el feliz golpe de vista y la seguridad con que el gran Velázquez empastaba el color en un lienzo; el autor de ese dibujo es indudablemente un artista, cuyos más insignificantes trabajos llevarán impreso el sello de su talento.

LA SILUETA,  
cuadro por J. Herterich

En época todavía reciente solía recorrer los pueblos rurales de algunos países extranjeros cierta clase de artistas, cuyo género especial consistía en sacar la silueta de cuantos cedían á sus instancias. Armados siempre de papel y tijeras, recortaban con la presteza que da la práctica y con mayor ó menor acierto el contorno del rostro de chicos y grandes, ganándose así su precaria existencia. Este sen, cillo asunto es el que ha escogido el pintor Herterich para su bonito cuadro, en el que las figuras están colocadas con acierto, revelándose en él la maestría en el dibujo que tanto distingue al citado artista.

JÓVEN FLORENTINO,  
cuadro por Gustavo Courtois

Hubo una época en que Florencia, emporio de la poesía y de las bellas artes, reunía cuantos atractivos puede apetecer un ente superficial entregado á los placeres más efímeros. Entonces la galería de los *Oficios* rebosaba de extranjeros y las aguas del mezquino Arno desaparecían debajo de las góndolas tripuladas por hermosas jóvenes y artistas entusiastas. La política de los Médicis, tan brillante como enervadora, fomentaba esos espectáculos teatrales, esas comedias de magia, que cautivan al espectador mientras duran las luces de Bengala.

A una de esas épocas se refiere el cuadro de Courtois. Un joven florentino, falto de más seria ocupación, juega con unos gatos.

¿Es una sátira de la época? ¿Es un epigrama?... Muy posible.

El gato, como las sociedades corrompidas, saca á lo mejor las uñas.

Los gatos del florentino del siglo xv arañaron á su madre, y la herida ha tardado siglos en cicatrizarse.

EL FÉMUR DE JUAN CRUZ  
POR DON JULIO PARRA DE MURVIEDRO

I

Una mañana, el doctor Moran, catedrático de clínica del colegio de San Carlos, al hacer su visita diaria al hospital provincial de Madrid, del que era primer cirujano operador, se encontró en el peristilo con el practicante de guardia.

—¿Hay alguna novedad?—le preguntó.

—Sí señor, un caso extraordinario.

—¿Qué es?

El practicante le dijo que á las siete de la mañana habían traído al hospital á un hombre peligrosamente herido, con la cabeza completamente desprovista de la piel en la parte derecha superior y con una fractura del hueso temporal. El herido era un joven gallego, criado de servir en una casa de la calle de Atocha, n.º 70.... Al ir á colocar una cortina de lona en su varilla, cayó de la escalera de mano por fuera de la barandilla del balcón del piso tercero, chocó con la cabeza en una reja saliente del bajo y quedó tendido al borde de la acera.

Transportado al hospital, aún con vida, fué lavado y vendado, después de haberle afeitado la cabeza.

Algún tiempo después de colocado en la cama, el pobre joven volvió en sí, miró estúpidamente á



RETRATO DE PETRUS VAN TOL, grabado al agua fuerte por Rembrandt  
(Copia de una estampa adquirida por el precio de 1510 libras esterlinas por M. Clément)

cuantos le rodeaban, pero no contestó á ninguna de sus preguntas. El portero de la casa en donde había acaecido la catástrofe dijo que el lesionado se llamaba Juan Cruz, que era soltero é hijo de una lavandera á quien no se había podido avisar, por hallarse en el río.

El doctor Moran se presentó en la sala en donde se hallaba el doliente; examinó rápidamente á este, rodeado de varios practicantes, y en seguida entró en su gabinete particular, volviendo á salir vestido con el *traje de practicar operaciones*.

Comenzó su visita de inspección, haciendo entre tanto algunas preguntas á los practicantes que le acompañaban.

—¿Cuántos muertos desde ayer?

—Dos.

—¿Qué casos?

—Fiebre tifoidea y cáncer abdominal.

—¿Se ha encontrado algún cadáver para mi clínica particular?

—No señor.

—Ya hasta los muertos escasean; la ciencia morirá por no poder hacer experiencias.

No encontrando nada de particular en la visita, el doctor volvió á acercarse á la cama del joven gallego, al cual destapó diciéndole:

—Incorpórese usted.

—No puedo—contestó el herido, que como ya sabemos se llamaba Juan Cruz. El doctor, que era algo tardo de oído, entendió mal y exclamó bruscamente:

—¿Qué es eso de no quiero? A ver, levántate á ese hombre.

Juan Cruz levantado en brazos dió un gemido, y, mirando al doctor con ira, comenzó á decirle improperios entrecortados por ayes de dolor.

—Quitadle el vendaje—mandó el médico; pero impacientado por la lentitud de la operación, hizo él mismo por medio de dos ó tres violentos tirones.

Juan Cruz bramaba de dolor y de rabia. Y exasperado prorumpió en una nueva serie de dicterios contra el doctor.

Estaba espantoso, con sus ojos que giraban en sus órbitas, mientras que de sus labios caía una baba sanguinolenta.

—¡Hombre perdido!—dijo el doctor sin hacer caso de la cólera del paciente,— difícilmente llegará á mañana. Tápale—y luego, dirigiéndose á uno de los practicantes repuso:—Martinez, vea usted si puede proporcionarme el cadáver de este mozo. Ofrezca usted por él ochocientos y llegue hasta mil reales.

Juan Cruz, que conservaba el conocimiento, oía todo esto mirando al doctor con una expresión indescriptible.

II

El doctor Moran era soltero, catalán, había hecho sus primeros estudios en la Facultad de medicina de Montpellier y terminado su carrera en Barcelona. Posteriormente, establecido en Madrid, gozaba de gran reputación y contaba con numerosa clientela.

Habitaba en una buena casa de la calle de Santa Isabel, y tenía una sala de clínica particular en la de la Verónica, en donde se entregaba por completo á sus experimentos científicos; pues su larga estancia y sus frecuentes viajes al extranjero, habíanle familiarizado con los sistemas más modernos de curar.

Ocupábase especialmente en experiencias basadas en la electricidad á la que, en fisiología y terapéutica, concedía gran importancia.

Respecto á su carácter, había diversas opiniones; entre la clientela distinguida se le tenía por un hombre fino y amable; pero entre sus enfermos pobres, y particularmente en el hospital, se le creía un hombre sin corazón y sin sentimientos,

que se complacía en atormentar á cuantos caían en sus manos.

Quizá ambas versiones eran verdaderas.

El doctor Moran estaba muy contrariado porque, no obstante su reputación, no se le dejaba aplicar sus teorías eléctricas á los enfermos del establecimiento benéfico, por cuya razón había establecido una clínica particular.

Al anochecer del día en que Juan Cruz ingresó en el hospital, un practicante se presentó en casa del doctor, en el momento en que éste se sentaba á comer, y le dijo que el joven gallego había muerto por la tarde.

—¿Ha podido usted adquirir el cadáver?—preguntó el doctor.

—Sí señor, á eso vengo. Le he comprado, según indicación de usted, en mil reales que he ofrecido á la madre del finado.

—¡Magnífico!—exclamó el doctor frotándose las manos.—Que me le lleven mañana temprano á la calle de la Verónica, y no bien usted y los practicantes de mi sección terminen la visita, vayan ustedes á mi sala de clínica, en donde presenciarán fenómenos extraordinarios.

—Yo por mi parte no faltaré—dijo el practicante despidiéndose y dejando al doctor satisfecho de la adquisición que había hecho y con la idea de la sesión científica del día siguiente.

III

La sala de clínica particular del doctor Moran estaba formada de dos grandes piezas cuyo tabique medianero había sido derribado. Altos estantes llenos de instrumentos quirúrgicos y de pilas eléctricas de todas dimensiones cubrían las paredes.

En medio del salón destacaba una gran mesa de operaciones, rodeada de algunas banquetas.

A la mañana siguiente al día en que comienza esta historia, sobre la mesa había un bulto cuidadosamente tapado con un hule.

A las once próximamente entró en la sala el doctor, seguido de algunos practicantes; estaba radiante de alegría.

El médico y dos de los asistentes, designados por él, vistieron el traje á propósito para practicar ope-



LA TUMBA DEL SÉR QUERIDO, cuadro por Julio Berger



ALBUM ARTISTICO



JOVEN FLORENTINO JUGANDO CON UNOS GATOS, CUADRO POR GUSTAVO COURTOIS





YA TIENES CARTA.... dibujo por Ricardo Balaca

raciones anatómicas, y, dispuestos los utensilios necesarios, comenzó la sesión.

El doctor tiró del hule que cubría el bulto, y apareció el cuerpo muerto del pobre Juan Cruz enteramente desnudo, que era corpulento, fornido, velludo, de piés y manos enormes, y que aunque tenía los ojos cerrados, presentaba en su fisonomía un aspecto de amenaza feroz.

—Señores—dijo el doctor—aunque este cuerpo está casi destrozado en su parte capital, conserva intacto el sistema nervioso, y es por lo tanto muy á propósito para nuestras experiencias. Saben ustedes que yo he conseguido restablecer la circulación de la sangre por medio de mis aparatos; pero esto no es todo; gracias á mis estudios y desvelos, he obtenido el resultado de que un muerto ejerza todos los movimientos vitales, y hasta que pronuncie algunas sílabas elementales. Prosiguiendo en mis investigaciones, espero terminar mi tratado fisiológico, dando así la clave de una segunda vida. Ahora, pues, comencemos nuestros experimentos.

Dichas estas palabras, el doctor tomó una pila eléctrica de medianas dimensiones, montada sobre cuatro ruedas, y comenzó sus demostraciones en el cadáver de Juan Cruz, haciendo ejercer á este, gradualmente, la mayor parte de los movimientos materiales.

El doctor, satisfecho del efecto que producía en los admirados circunstantes, descansó un rato, y luego dijo:

—He reservado para el fin las experiencias decisivas, que me hacen esperar que andando el tiempo y perfeccionados los aparatos, será un hecho la resurrección humana. Hasta ahora ustedes sólo han visto funcionar los órganos por series: el experimento que voy á intentar, nos demostrará la conjunción de los movimientos físicos y de las facultades intelectuales.

Inmediatamente colocáronse al rededor de la mesa tres aparatos eléctricos de gran potencia, cuyos hilos se comunicaban con el cadáver, y no bien comenzaron á funcionar, Juan Cruz se agitó convulsivamente.

Luego, al tomar incremento las corrientes, vióse al muerto incorporarse apoyado en una mano, extender las piernas, tocar el suelo y tenerse en pié.

—Estos movimientos instintivos—dijo el doctor—constituyen la primera parte.

Aproximóse al cadáver, llevando en la mano sus mágicos hilos, y conforme se los fué aplicando, Juan Cruz abrió los ojos fijándolos en el operador, extendió un brazo y comenzó á andar lentamente.

Por último, lanzó un grito agudo que estremeció á los circunstantes, los cuales vieron atónitos coincidir los movimientos del muerto con los del doctor; hasta tal punto que, turbado uno de los practicantes, dejó caer el hilo que sostenía y que correspondía á los movimientos de los músculos inferiores.

Entonces el cadáver cayó á plomo en el suelo. Colocaron el cuerpo en una extremidad de la mesa.

#### IV

—Volvamos á empezar—dijo el doctor;—pero para evitar una caída, empecemos haciendo la experiencia sobre la mesa.

Unas cuantas corrientes fueron bastantes para que Juan Cruz se pusiera en cuclillas, prestándose á las experiencias del doctor. Gritó á voluntad de éste, fijando en él una mirada espantosa.

Uno de los asistentes dijo al doctor:

—Parece que el muerto quiere devorarle á usted con la vista.

Esta chanza produjo un efecto siniestro, y nadie la rió.

—¡Todos mis enemigos fuesen como este gazañero!—dijo el médico poniéndose frente á frente del muerto.

Parecían dos adversarios que se amenazaban mutuamente.

—Con un solo movimiento de mi mano puedo aniquilar la cólera de este rencoroso de ultratumba—repuso el doctor.—Vedlo aquí.

El médico retiró los hilos que tenía en la mano, y lo mismo hicieron, á su ejemplo, los dos practicantes que le ayudaban; el muerto, volviendo á su rigidez cadavérica, extendió súbitamente sus piernas, y sus dos piés, golpeando al doctor en el pecho con una fuerza colosal, hicieronle caer al suelo.

—Ah! tunante!—exclamó, levantándose mal trecho: luego repuso:

—Admirad, señores, la fuerza de la naturaleza.

Los asistentes estaban preocupados.

—Me falta explicar á ustedes—prosiguió el médico despues de una breve pausa,—el modo con que he conseguido arrancar gritos y sonidos á los cadáveres, haciendo funcionar á los músculos de la boca, de la lengua y del pecho; ved el mecanismo.

Y al decir estas palabras, el doctor introdujo un

dedo en la boca del muerto desviando el hilo que afectaba al músculo de la quijada inferior, que se cerró y los dientes mordieron cruelmente el dedo, haciendo prorumpir al operador en un agudísimo grito y soltar el aparato que tenía en la otra mano.

Cuando cesó el flúido, Juan Cruz quedó inmóvil sobre la mesa, dejando escapar la corriente de aire que tenía en los pulmones y produciendo un ruido siniestro.

El médico, vencido por el dolor causado por el mordisco, se dejó caer sobre una banqueta.

Así terminó aquella sesión científica.

Más sereno el doctor despues de haber curado y vendado el dedo lesionado, despidió á los asistentes, prometiéndoles para otro día más sorprendentes fenómenos.

#### V

El doctor Moran, durante el resto del día, estuvo muy nervioso y sobreexcitado.

Por la noche durmió poco y mal, sufriendo pesadillas en las que se mezclaban vagamente Juan Cruz, pilas eléctricas colosales, bisturis gigantescos y dos ojos llameantes que le miraban con una expresión de odio salvaje é inextinguible.

La lesión del dedo no le dejaba sosegar y no bien fué de día se levantó casi tambaleándose.

Tenía una gran calentura.

Se trasladó, segun costumbre de primera hora, á su sala de clínica particular, y por primera vez en su vida se estremeció á la vista de un cadáver; el cadáver de Juan Cruz, que mutilado y espantoso yacía sobre la mesa de disección.

Dió orden de que se le llevaran al Colegio de San Carlos.

Cuando despues de su visita al hospital provincial volvió á su casa á almorzar, abrióle la puerta una criada y al ir á entrar quedóse inmóvil en el recibimiento; Juan Cruz estaba allí, parado junto á una ventana entreabierta, rojo por las desolladuras de su epidermis y teniendo un objeto en la mano.

Moran se adelantó lentamente, como atraído y fascinado por aquella vision.

Al aproximarse exhaló un suspiro de desahogo. —¡Soy un animal!—pensó.—Es Santiago.

Santiago era el criado del doctor, que en traje matinal de franela encarnada regaba las flores de una jardinera que había en la ventana que daba al patio.

—Estoy muy excitado—se dijo el médico.—Es necesario que me dé el aire.

En vez de almorzar salió de su casa y se dirigió distraídamente hácia la plaza de Anton Martin.

Al entrar en la calle de Atocha se encontró de manos á boca con un amigo y compañero, el doctor Romero, médico distinguido y antípoda, digámoslo así, del doctor Moran.

Este era materialista acérrimo, aquel espirituaalista apasionado; Romero creía que la existencia es un aliento de la divinidad; Moran suponía que es producto de una fermentación química.

Despues de una discusión científica que llevó á los dos doctores hasta el fin de la calle Mayor, pasando por la plaza del mismo nombre, Romero enterado de los incidentes de la sesión de electricidad, dijo á su amigo:

(Continuará.)

#### JUSTICIA DE DIOS

Vivia en Córdoba en tiempo del justiciero Felipe II un hidalgo llamado D. Luis Gomez, el cual estaba casado con D.<sup>a</sup> María de Argote, señora muy noble, rica, jóven y bella, en quien había tenido tres hijos varones, mozos de aventajadas prendas y de los más bizarros de la ciudad. Tuvo D. Luis la debilidad de poner los ojos, dando al olvido el decoro que debía á su casa y familia, en una linda doncella que, sin profesar, se hallaba retraída en el convento de Santa María de las Dueñas: dió en regalarla agasajando juntamente á sus amigas, que eran no pocas, y pasó tan adelante aquel galanteo, cebáronse tanto en el gusto de verse y tratarse aquellos adúlteros y casi sacrílegos amantes, que por fin un día, perdiendo el D. Luis el freno de la vergüenza y del temor, se arrojó á decir á D.<sup>a</sup> Catalina (que así se llamaba la jóven novicia) que no profesase, que él le daba palabra de casarse con ella, matando á su mujer.

Por monstruoso que sea un propósito, una vez formulado de palabra, lleva algo en sí que le hace viable, y algo que subyuga la voluntad del sujeto á quien halaga: D.<sup>a</sup> Catalina escuchó á su amante entre alarmada y seducida, pero retuvo en su corazón aquella promesa, y fué suspendiendo su profesión por más de ocho años.

No hay regla, por austera que sea, que no se quebrante con la porfía: perdióse tanto á Dios la vergüenza (dice el viejo manuscrito anónimo que nos sugiere la sustancia de esta historieta) (1), que al fin se le concedió á D. Luis licencia para entrar en el convento; y el medio que para esto se empleó fué hacer una trampa en el suelo de la sacristía

(1) Libro de cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba, etc. MS. de la Real Academia de la Historia, D. 129.

y abrir un paso subterráneo que se comunicaba con ella, por el cual el robador de la honra de la doncella entraba y salía á su antojo. Esto al cabo se llegó á descubrir, y creyó la superiora haber puesto remedio al criminal comercio; pero la malicia del caballero y la codicia de ocho monjas amigas de la novicia, que entraban á la parte, imaginaron una de las mayores libertades de que son capaces los ánimos pervertidos, y fué, que las referidas monjas envolviesen á D.<sup>a</sup> Catalina en un colchon cubierto con una sábana, y la dejasen caer, rodando por el tejado, á otro tejado más bajo de la vivienda de una mujer á quien las religiosas llamaban la madre Marta, que también estaba cohechada. Hizose así, y por esta industria diabólica lograba D. Luis estarse las horas enteras entretenido con D.<sup>a</sup> Catalina, hasta que, recibido aviso de las amigas, se separaban, ella para volverse á meter en el colchon, del cual tiraban con ganchos para subirla á su aposento, y él para salirse á la calle, muy sereno, por la puerta de la nueva Celestina.

También esta estrategia vino á descubrirse, y en vista de tan gran maldad, y de que semejante escándalo no podía disimularse, dióse cuenta al Obispo. Como D.<sup>a</sup> Catalina no era profesa, el buen prelado dispuso fuese enviada á casa de sus padres, y que en las monjas fautoras de tan grave delito se hiciese un severo escarmiento. Dejaremos á las culpables sufrir su castigo, que no nos dice el manuscrito cuál fué; D.<sup>a</sup> Catalina, constituida ya en la casa paterna, iba á sufrirlo mucho mayor, dispuesto por la divina Providencia.

Dióá luz á los pocos meses una niña, hermosa por extremo, mas no tuvo la infeliz madre el triste consuelo de gozar sus gracias, porque ántes de ocho días se le declaró la terrible enfermedad conocida con el nombre de fuego de San Anton, con tanto asombro de los médicos de la ciudad, que todos unánimes declararon ser aquello un castigo de Dios. Arreció el mal, llegó el trance de tener que decir á la paciente que se moría; y ella, muy resignada á la voluntad divina, mandó que le trajesen dos Padres de la Compañía, con quienes se confesó de todos sus pecados, con tanto dolor y arrepentimiento, que los Padres se retiraron edificados y persuadidos de que el Señor la había perdonado. Murió D.<sup>a</sup> Catalina, y quedó la ciudad pasmada, porque como en aquel tiempo era grande el espíritu religioso en todas las clases, se consideraba y comentaba aquel suceso cual ejemplar terrible de la justicia del cielo, inexorable y ejecutiva cuando cobra al contado las deudas de los pecadores sin darles moratorias.

Ni se hablaba entre los más timoratos de otra cosa que del castigo que á D. Luis le estaría reservado.

Era, cuando esto sucedía, Corregidor de Córdoba, D. Pedro Zapata, sobrino de D. Francisco Zapata, Presidente de Castilla, el cual, despues de practicadas las diligencias oportunas, dió aviso por razon de su oficio á la majestad del rey D. Felipe II, quien hizo el sentimiento que era razon hiciese un monarca tan justo y religioso. Este, luego que recibió la carta del Corregidor, mandó juntar el Real Acuerdo, y se sentó en él como presidente. Estaban los magistrados mirándose unos á otros, considerando qué podría haber sucedido de tanta importancia que motivase aquel pleno presidido por el rey. Al fin tomó éste la palabra, y con toda la fuerza de razones que el caso requería, manifestó lo que le habían avisado de Córdoba, y que estaba resuelto á hacer un escarmiento notable dentro de los términos de justicia, lo cual sería un gran servicio á Dios, quedando además la autoridad real respetada y la vindicta pública satisfecha.

Oidas las razones del rey, todos se ofrecieron á servirle, y viendo Felipe II su celo, comisionó para el caso á un Alcalde de corte, encargándole con mucho encarecimiento que procediese en aquel negocio con la severidad, la prontitud y el secreto que de él se prometía.

Partió el Alcalde á grandes jornadas, mas aunque fué grande su sigilo, no pudo evitarse que un deudo del delincuente barruntase la comision que llevaba, y que diese velozmente aviso al suegro de D. Luis, D. Diego de Argote, el cual acababa de hacer entrega del Corregimiento de Cartagena, en que había prestado al rey un señalado servicio. Consistía éste en haber prendido allí al Marqués de Mondéjar, trayéndole preso al castillo de Chinchilla: hecho de que habían holgado mucho el monarca y toda la corte. Avisado, pues, D. Diego, y noticioso de la indignación de Su Majestad, aplicóse sin demora á procurar el remedio; hizo inmediatamente llamar á su yerno, y entre ambos concertaron poner por obra el único medio que en tan apretados lances suele surtir efecto, que es hacer correr el dinero. Dádivas quebrantan peñas, dice un antiguo refran muy anterior al tiempo en que acontecia lo que vamos narrando, y tan en práctica estaba entonces el adagio, que pocos años despues lo vertía en estribillo, segun su donoso estilo, la retozona musa del cordobés Góngora, cantando:

poderoso caballero  
es Don Dinero.

Llegóse D. Luis al convento de Santa María de las Dueñas: preguntó muy resuelto por la Abadesa; recibióle ésta fosca y avinagrada, echándole en cara su poca vergüenza; pero el corruptor la declaró en seguida y sin ambages su propósito, reforzándole con consideraciones encaminadas á persuadirle de que con perderle á él, nada iban á ganar ni la pobre D.<sup>a</sup> Catalina, ya difunta, ni el convento, cuya buena fama, por el contrario, quedaría comprometida, porque divulgándose los pormenores del pasado escándalo, ella, la Abadesa, pasaría en la pública opinion como una superiora inepta y descuidada, las

monjas, compañeras de la víctima, como livianas y encubridoras; y finalmente nada se obtendría en la reformation de las costumbres de la santa casa, porque los tiempos más inclinaban á la relajacion y al disimulo que á la correccion de las humanas flaquezas. Díjole por último que causado ya el daño, é irreparable éste, la prudencia aconsejaba sacar de los sucesos el mejor partido posible, y que era locura granjearse enemistades y odios donde se podía lograr provecho y agradecimiento.—La Abadesa, mujer de cortos alcances segun lo que de esta plática resultó, se dejó vencer de las perversas sugerencias que por boca de D. Luis le imbuó el comun enemigo, y más aún de cierto elocuente ademan que aquel hizo de echar mano á la bolsa que llevaba debajo del bohemio; y mudando de gesto, le permitió entrever su predisposicion á un acomodamiento, con lo cual, animado el seductor, le puso incontinenti en la mano una suma de dos mil ducados en oro, con promesa de darle cuatro mil más para las religiosas que vivian bajo su autoridad si empleaba ésta de modo que lograrse su conformidad; y algun dinero tambien, con regalillos de tocay y conservas, para la piadosa Marta, aquella vecina en cuya casa habian pasado sus dulces coloquios con D.<sup>a</sup> Catalina. Tomó la Abadesa el dinero, más resuelta que si tomara un bulto para poder hacer colacion en cuaresma con magras y perdices, y como no habia tiempo que perder, dado que llegaba el Alcalde de corte á marchas forzadas, exigió D. Luis que reuniese en seguida á las monjas para exponerles el caso, imponiéndoles el secreto, con graves amenazas (que por cierto estaban de más) si á él faltasen. Juntas ellas en la espaciosa celda de la superiora, cuya puerta se cerró con llave y tranca mientras aquei aguardaba en el locutorio la respuesta, repitióles la Abadesa como un loro todas las sofisterías que so color de conveniencia y prudencia humana le habia inculcado el hidalgo, y que tenia ella grabadas en su memoria; las astutas monjas, pervertidas ya desde que el adúltero amante se habia captado con sus dádivas la complicidad de aquel rebaño infiel al divino Esposo, haciéndose al principio las melindrosas y las escarmentadas con el pasado castigo, desistieron al fin de toda gazmoñería ante la promesa de los cuatro mil ducados; y avisado D. Luis de su aquiescencia, partió velozmente en busca de la recompensa ofrecida, que ellas se repartieron aquel mismo dia, añadiendo como obra de supererogacion el rezo en coro de una corona de once dieces por la salvacion del ánima de tan cumplido caballero. Quitóle á éste su buena suerte un grave estorbo llevándose Dios en aquella coyuntura al buen prelado, varon discreto que á nadie habia comunicado el feo suceso ocurrido en el monasterio; de modo que solo quedaba el Corregidor como autoridad que oficialmente hubiese denunciado á Su Majestad el hecho. Convínose con la Abadesa y sus monjas en que todo se negase á pié juntillas, y se dijese que la D.<sup>a</sup> Catalina habia salido del convento por hallarse gravemente enferma de calenturas intermitentes, que la habian llevado al sepulcro por no poder resistirlas su delicada complexion. El padre de la víctima y los médicos que en su dolencia la habian asistido, fueron tambien sobornados por D. Luis: dió éste al padre cuatro mil ducados, lo mismo que habia dado á las monjas, y á los galenos les tapó la boca con mil ducados á cada uno. Verdad era que el caso se habia hecho tan público, que por toda la ciudad se referia y comentaba; pero ¿cuántas invenciones y patrañas no se divulgan entre la gente ociosa y pasan por verdades, debiendo su origen á cualquier corro ó mentidero de mozabetes maldicientes? Lo difícil era desvirtuar el dicho del Corregidor, á quien no se podía cohechar con todo el oro del Perú. ¿Cómo desmentirle y neutralizar los efectos de la declaracion que iba á prestar ante el Alcalde delegado del rey? Algo habia que fiar á la suerte, y de pechos grandes es el arrostrarla.

Llegó á Córdoba el Alcalde de corte, y creyendo dar un golpe maestro, sin quitarse siquiera el polvo del camino se presentó en el convento de las Dueñas á comenzar sus diligencias. Pero lo que empezó sin sospecharlo fué una bien estudiada comedia. La Abadesa y las piadosas monjas, apartadas del mundo y extrañas á los cuentos de la gente, nada sabian del hecho denunciado por el Corregidor; no tenian la menor noticia de que sus depravados enemigos, envidiosos de la dicha que disfrutaban ellas en su pacífica morada, hubieran podido atreverse á convertirla en



TIPO GRANADINO, dibujo por J. Marqués

objeto de odiosos tiros inventando una fábula tan deshonrosa, descabellada é impía, tomando pié de un suceso comun é inocente, cual era la vuelta al hogar paterno de una novicia enferma, para quitar á esta desgraciada y á todas ellas su honor y su buen nombre suponiéndolas culpadas del más escandaloso delito. Convencido el Alcalde de la sinceridad de sus explicaciones, se retiró de la santa casa muy satisfecho, pensando así en sus adentros: ¡Véase lo que es dar crédito á chismes de lugar! Estas pobres mujeres han sido calumniadas por algun perillan desairado, de los muchos que rondan las tapias y claustros donde se encierran monjas bonitas, y el simplon del Corregidor, hombre de poco mundo, de exagerado celo y de anchas tragaderas, se lo ha creído todo, y para manifestar amor al servicio de su rey, tan justiciero y religioso como lo es nuestro D. Felipe II, le ha ido con el cuento sin molestarse en tomar ántes las necesarias averiguaciones. Pero yo soy hombre de buen olfato, y ya le diré á ese Corregidor imprudente lo que hace al caso.

Y fuese el bobalicon á su posada á descansar, lleno de enojo y de desprecio hácia el Corregidor, á quien pensaba dejar corrido por su candorosa credulidad, tan impropia de un magistrado de su experiencia y de sus años. Pero ántes de verse con él, y para afirmarse más en su juicio, formado con tan incomprensible ligereza, determinó tener una entrevista con el padre de la novicia, á quien el vulgo (tal era ya su firme creencia) suponía torpemente burlado; buscóle aquel mismo dia en su casa, habló con él, y como le hallase en la relacion de la enfermedad y muerte de su hija en un todo acorde con lo que las monjas le habian referido, sin más diferencia que aquellas exclamaciones naturales en quien todavia lloraba la pérdida de aquel sér querido arrebato al paternal cariño en la flor de su juventud, pura y sin manchilla, se confirmó en su necia persuasion de que todo habia sido cuento y sugestion de popular maledicencia.—Quiso todavia remachar más el clavo, y se dirigió á los médicos que habian asistido en su enfermedad á D.<sup>a</sup> Catalina: les interrogó, oyó de ellos el mismo lenguaje que habia oido del padre y de las religiosas, y entonces, gozoso y triunfante, se dirigió á obtener del Corregidor Zapata la bochorrosa confesion de su necia credulidad, de su grosero error, y de la imprudente alarma en que habia puesto al rey y á todo el Real Acuerdo.

Era el Corregidor D. Pedro Zapata un hombre pruden-

te, serio y reflexivo, si bien algo tardo en formar cabal juicio de las cosas; pero como el Alcalde de corte tenia ya incrustada en la sesera la conviccion de que habia obrado con ligereza dando crédito á una patraña, discutieron inútilmente, disputaron, se acalararon, y el delegado de la autoridad real se despidió de él desabrido y descontento, pero persuadido más que nunca de que su mision no tenia otra causa que un alarde de impremeditado celo. Volvióse, pues, á Madrid, á manifestar á Su Majestad que no habia en todo Córdoba quien se querelase de D. Luis, y que para encausar á éste de oficio no habia tampoco asidero, porque todos los que se habian supuesto interesados en su castigo declararían en su favor; y así se deshizo el nublado que sobre la cabeza del perverso corruptor se cernia, el cual se contempló ya libre de la justicia de la tierra.

No lo estaba, en verdad, de la justicia del cielo. Y para mayor edificacion de mis lectores, voy á transcribir ahora al pié de la letra la breve relacion del castigo inesperado que D. Luis Gomez tuvo, segun lo refiere el viejo manuscrito que tengo á la vista.

«En Córdoba se usa encerrar el ganado que se ha de matar todas las tardes de los viernes, y para esto se junta toda la poblacion de la ciudad, por ser cosa de mucho entretenimiento. Un dia de estos se fué D. Luis á pié: entróse en una casa para ver desde allí los toros, que se sacan á lidiar con cuerdas. Sucedió que vino un toro cerca de la casa donde estaba D. Luis: entró la gente de tropel, y sin poderse él valer, cayó de espaldas, y sin hablar más palabra lo llevaron muerto á su casa con grande admiracion de los presentes, y no sin recelo de que habia sido castigo y pena de sus culpas el morir tan de repente, sin confesion ni otra diligencia de christiano.»

PEDRO DE MADRAZO.

CRONICA CIENTIFICA  
LA NAVEGACION AÉREA

Otra solucion más  
II Y ÚLTIMO

Ya dimos en el artículo anterior una idea general del sistema propuesto y sometido á la academia de Francia por M. Duponchel para resolver el problema que indica

el epígrafe de estos ligeros apuntes.

No es el *ave artificial*; no es el *globo con su correspondiente propulsor*; es el *pez*, un colosal cetáceo de los aires, una enorme ballena con piel de seda y cauchouc, con entrañas de hidrógeno y vapor, con sus aletas laterales y dorsales, con su clásica cola, y con su hogar y su caldera á modo de gigantescos pulmones.

En una palabra: no se trata de la *aviacion*, sino de la *piscivacion*, como el autor llama á este nuevo procedimiento para surcar el espacio con rumbo determinado y preciso.

El mecanismo está en tierra apoyándose sobre fuertes patines, ni más ni menos que una mesa ó un banco sobre sus cuatro piés: se inyecta hidrógeno en el gran cuerpo cilíndrico del globo y éste va perdiendo poco á poco de su peso hasta quedar próximamente en equilibrio: el hidrógeno pesa menos que el aire, la diferencia representa una fuerza ascendente igual al peso de todo el sistema, de los aeronautas, del combustible y del agua, de modo que este pez artificial de los aires está si sube ó no sube, como vulgármemente se dice: su estado es el de una ballena en el fondo del mar momentos ántes de elevarse. Pues en tal estado el aeronauta enciende el hogar, hierve el agua de la caldera, despréndese el vapor, penetra en el globo ó en los tubos que por su interior circulan, y calienta el hidrógeno dilatándolo como es consiguiente. Si llega á ocupar dicho gas un volumen, doble, por ejemplo, del que ocupaba, á expensas por de contado del espacio que le cedan las vejigas natatorias, su fuerza ascendente habrá duplicado, y el globo abandonará esta misera tierra remontándose por los espacios con la fuerza ascendente que corresponde á la dilatacion.

Pero ahora bien; ciertos pesos convenientemente situados determinan al ascender el globo una determinada inclinacion de su eje respecto al horizonte, y tenemos en último análisis algo así como un *plano inclinado que sube*.

Las reglas más elementales de la estática, la experiencia constante de hechos análogos, y hasta el sentido comun demuestran, que el sistema mecánico de que se trata, buscando la menor resistencia, eterna ley de la naturaleza, no subirá verticalmente, sino que por el contrario tomará cierta direccion oblicua en el sentido general del eje mayor del aparato: subirá, pues, en *determinada direccion*, y tenemos resuelto á medias, al menos en teoría, el problema de dar direccion á los globos.

Supongamos que así subió la máquina pisciforme de M. Duponchel y que así ganó, por ejemplo, en sentido horizontal 10 ó 12 kilómetros con una velocidad de 7 á 11 metros por segundo.

*Primera bordada del buque-pez de los espacios.*

Pero ya está arriba á 3,000 ó 4,000 metros sobre el suelo: pues cesa la circulacion del vapor; á la caldera vuelve para que no se pierda; el gas que habia llegado, pongo por caso á 50°, comienza á enfriarse y á contraerse cediendo espacio á las vejigas, y todo el mecanismo comienza á caer; aprovechándose si se quiere esta caída para que circule el aire relativamente frio de la atmósfera por los tubos por donde ántes circulaba vapor y para que se pre-

cipite el enfriamiento del hidrógeno por esta combinacion auxiliar.

Cae el globo hemos dicho, y este descenso es una nueva fuerza que podemos utilizar, como utilizamos la fuerza ascendente, para impeler en la direccion apetecida á todo el mecanismo: basta para ello dar al eje y por lo tanto al cuerpo del pez-aéreo, á sus aletas y á su cola ó timon la inclinacion que por el cálculo se determine para cada caso. Bajará, pues, no un globo sino una cierta clase de *plano inclinado*, y no bajará por la vertical, sino en la direccion general de su eje, y ganaremos de este modo un nuevo espacio horizontal.

*Segunda bordada del ballenato de las nubes.*

Antes de llegar á tierra volveremos á inyectar vapor en el globo ó á lanzarlo por los tubos, volveremos á dilatar el hidrógeno, volveremos á ganar fuerza ascendente y á subir con direccion inclinada y á ganar espacio horizontal.

*Tercera bordada; á la que seguirá otra más y cuantas sean necesarias para llegar á la meta, salvo error, desengaño ó catástrofe.*

Tal es en pocas palabras y en lenguaje vulgar el invento de M. Duponchel, ingenioso á no dudarlo, si no completamente nuevo, nuevo en gran parte, y quién sabe si al fin y al cabo no será la fecunda semilla de algun descubrimiento de verdadera importancia.

La crítica *á priori* es peligrosa y es poco menos que inútil: la experiencia, la gran maestra, y el porvenir, el gran juez, decidirán en último término: y por hoy nos



LA SILUETA, cuadro por J. Herterich

limitaremos á indicar lo que en el proyecto de M. Duponchel hay de más original y de más profundo.

Dijimos en el artículo anterior que el problema de la navegacion aérea estaba reducido á buscar un motor de *mucha potencia y de poco peso*, y aunque otra cosa parezca la solución de M. Duponchel va por este camino.

En efecto, ¿cuál es la fuerza que comunica direccion al globo? La componente horizontal de la fuerza de ascension sobre la especie de plano inclinado por donde desliza el mecanismo.

¿Y de dónde procede la fuerza ascendente? De la diferencia de densidad entre el aire y el *hidrógeno dilatado*, es decir, de la *dilatacion*.

¿Y cuál es la causa de la dilatacion? El vapor, y en último análisis *el combustible* que arde en el hogar.

Así el nuevo catecismo de preguntas y respuestas que precede, con toda su infantil monotonía, nos ha conducido á este resultado preciso é importantísimo: la fuerza ó mejor dicho la energía mecánica que da direccion al globo es la que procede de la combustion del cok. Esta misma combustion sería el origen de la fuerza de toda máquina de vapor que hubiese podido elevar el globo para utilizar la como propulsor aéreo; este mismo cok fué el que movió la máquina de M. Giffard en sus notables experiencias ya citadas. Pero allí *para utilizar la energia* de la combustion se empleaba un mecanismo: cilindros, émbolos, varillas, aparatos de distribucion, un conjunto de piezas molestas y pesadas; aquí la máquina se ha reducido á su menor expresion y á su *menor peso*, que es lo que más importa, á saber: *una caldera*.

En suma, el *calor de la combustion* se convierte casi directamente en *fuerza motriz*, que es el desideratum de la ciencia moderna.

La máquina de vapor, en concepto de algunos, es un aparato absurdo y semi bárbaro segun lo que desperdicia la fuerza del combustible. El cok que arde es la verdadera fuerza, y hay quien dice que sólo un 2 por 100 se utiliza en la máquina de vapor: exagerado es á no dudarlo semejante cálculo, pero en todo caso es lo cierto que no llega á utilizarse del 9 al 10 por 100 y que utilizar directamente la combustion sería, como ya hemos dicho, un verdadero triunfo.

Hasta qué punto el invento de M. Duponchel realiza esta aspiracion es problema que puede examinarse teóricamente, porque la Termodinámica da medios de avanzar un juicio provisional, mientras la experiencia decide; pero ni éste es el momento oportuno, ni la índole de esta publicacion consentiria que entrásemos en cálculos y lucubraciones físico matemáticas, ni mucho menos lo consentiria la paciencia de mis lectores.

He creído, sin embargo, oportuno dar conocimiento al público de una idea digna por lo menos de ser tenida en cuenta; y si no ha llegado el día en que volem, vayámonos mostrando dispuestos á subir en cuerpo y alma al ancho espacio, por el afan que muestren en ir allá la intencion y el deseo.

JOSE ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON